

El socialismo francés en vísperas de la revolución

León Trotsky
20 de noviembre de 1919

(Tomado de *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, Ediciones Pluma, Buenos Aires, 1974, páginas 87-99. Publicado en *Pravda*, n° 260, el 26 de noviembre de 1919.)

La situación de Francia está plagada de profundas contradicciones. A veces éstas parecen incluso algo enigmáticas. No contamos con la información suficiente como para poder entender todos los zigzags del proceso interno francés. Hace pocas semanas, por la radio nos enteramos de huelgas, manifestaciones, estallidos, todos éstos, indicios del avance de la creciente oleada revolucionaria. Al mismo tiempo, los últimos cables nos informan que la reacción imperialista se ha apuntado una victoria completa en las elecciones parlamentarias. A primera vista ¡qué flagrante contradicción! Y sin embargo, la teoría del comunismo, el marxismo, la explica bien y esta contradicción corrobora de manera sorprendente la corrección de esta teoría.

El parlamentarismo es un instrumento de la dominación burguesa que se hace tanto más obsoleto cuanto más se profundiza la revolución proletaria. En la medida en que el movimiento obrero francés comienza a transitar las primeras etapas de la guerra civil, los medios y procedimientos del parlamentarismo se vuelven, cada vez más abiertamente, patrimonio de las camarillas capitalistas, su aparato de autodefensa clasista.

La victoria electoral de la reacción partidaria de Clemenceau no refuta la proximidad de la revolución proletaria en Francia, por el contrario, constituye su confirmación más evidente. Al mismo tiempo, estos contrastes mutuamente complementarios, el crecimiento de la reacción en el parlamento y el de la insurrección en las calles, son una prueba incontrovertible de que en Francia, en la tierra de la así llamada “república democrática”, el gobierno del proletariado no se realizará jamás a través del mecanismo de la democracia burguesa sino de la abierta dictadura de clase, que será tanto más cruel cuanto más frenética sea la resistencia de la burguesía imperialista.

¿En qué medida está la Francia revolucionaria¹ preparada política y organizativamente para la dictadura del proletariado?

Es necesario comenzar por reconocer las dificultades enormes que se deben superar en este sentido. Francia ha sido tradicionalmente el país de las sectas socialistas y anarquistas del movimiento obrero, siempre enfrascadas en destructivas disputas. La unidad del Partido Socialista se ganó y aseguró sólo después de las luchas fratricidas más crueles, pocos años antes de la guerra imperialista. Ambas alas, la derecha y la izquierda, anhelaban por igual la unidad. Mientras tanto, la experiencia de la guerra

¹ Para todas las referencias que realizo en adelante, utilizo los ejemplares recibidos del semanario sindicalista-revolucionario *La Vie Ouvrière*, de junio a septiembre de 1919. Este periódico es editado por nuestros amigos franceses Monatte y Rosmer, quienes ni por un momento han arriado su bandera en esta época de la mayor desintegración y cuando buena parte de los autotitulados “dirigentes” reniegan de sus posiciones. L. T.

reveló que tanto el Partido como los sindicatos franceses estaban completamente corroidos por el conciliacionismo, el chovinismo y todos los otros prejuicios reaccionarios pequeño-burgueses que existen en este ancho mundo.

El proletariado francés cuenta con un glorioso pasado revolucionario. La naturaleza y la historia lo han dotado de un soberbio temperamento combativo. Pero al mismo tiempo, ha conocido demasiadas derrotas, desilusiones, perfidias y traiciones. Antes de la guerra, la unidad del Partido socialista y de la organización sindical fue su última gran esperanza. Esta ilusión, al marchitarse, tuvo un efecto perjudicial sobre la conciencia de los obreros de vanguardia, y el movimiento proletario de Francia se hundió en una parálisis frenadora. Hoy, cuando masas nuevas, y aún políticamente inexpertas, presionan sobre los pilares de la sociedad burguesa, la incongruencia entre la vieja organización y las tareas objetivas del movimiento se va revelando en toda su fuerza. De aquí surge no sólo la probabilidad sino, también, la inevitabilidad de que poderosos movimientos de masas se desarrollen antes de que la nueva organización esté preparada para dirigirlos.

Es evidente la urgencia de crear, de antemano, bases organizativas por todos los distritos, puntos de apoyo organizativos con la necesaria independencia, no limitados por la disciplina política y sindical de las viejas organizaciones, y capaces de tomar rápidamente su lugar a la cabeza del movimiento. Nuestros camaradas franceses están totalmente dedicados a esta tarea. Si al comienzo los agrupamientos revolucionarios se mostraron demasiado débiles como para dar una auténtica dirección al movimiento, en una etapa posterior, después de la primera oleada revolucionaria, rápidamente ganarán fuerzas, crecerán y se consolidarán en el curso de la propia lucha.

En la medida en que uno puede juzgar desde tan lejos, me parece que esta doble tarea de construir la organización prácticamente de nuevo, asumiendo el mismo tiempo la dirección de un movimiento de masas que se desarrolla velozmente, representa la dificultad principal para llevar a cabo hoy la labor revolucionaria en Francia.

“Las huelgas” dice el valiente sindicalista revolucionario Monatte, “estallan por todos lados”. Pero su bancarrota interna “no permite a la Confederación General del Trabajo (CGT) dirigir las”. Es necesario un nuevo aparato. Sin embargo, es imposible postergar el movimiento hasta que se cree la organización dirigente necesaria. Por otra parte, estas huelgas espontáneas, que tienden a transformarse en acontecimientos revolucionarios decisivos, no pueden triunfar sin una organización revolucionaria genuina, que no mienta a los obreros, que no los engañe, que no se oculte de ellos ni les tire arena a los ojos, que no los traicione en los despachos cerrados del parlamentarismo o del conciliacionismo económico, sino que los dirija hasta el fin sin desvíos. Tal organización aún debe ser creada.

Esto dice *La Vie Ouvrière*, el periódico de Monatte y Rosmer: “¿Hacia dónde vamos? De la insatisfacción a una insatisfacción mayor, de huelga en huelga, de huelgas semi económicas, semi políticas, a huelgas de carácter puramente político. Vamos directamente hacia el derrocamiento de la burguesía, esto es, la revolución. Las masas insatisfechas están avanzando a grandes pasos por este camino.”

Los representantes revolucionarios del proletariado francés, conjuntamente con el núcleo central comunista (tanto de origen socialista como sindicalista) que, aunque numéricamente escasos, poseen un conocimiento claro y consciente de los objetivos del movimiento, tienen como tareas la de integrar firmemente a aquellos dirigentes que pasan a primera fila en las huelgas, demostraciones y, en general, en todas las manifestaciones del genuino movimiento de masas. Sin temor a las dificultades, la tarea consiste en asumir ya mismo la dirección de este movimiento espontáneo, y en

consolidar, sobre este terreno, a la propia organización como aparato del alzamiento del proletariado.

Esto presupone una ruptura completa con la disciplina de aquellas organizaciones contrarrevolucionarias por esencia, es decir, en relación con las tareas básicas del movimiento: los partidos de Renaudel-Longuet y los sindicatos de Jouhaux-Merrheim.

Ante el llamado a la huelga del 21 de junio para protestar por la intervención de la Entente en Rusia, la respuesta de las masas obreras fue muy pobre. Pero no se debe culpar de esto a los obreros. En los últimos años, los trabajadores en general, y los franceses en particular, han sido engañados frecuentemente con ingenio más diabólico y con consecuencias más trágicas que en cualquier otro momento histórico. La mayoría de los dirigentes que citaban de memoria frases conocidas convocando a los obreros a la lucha contra el capitalismo, se pusieron abiertamente a la libre del imperialismo en el otoño de 1914. Los sindicatos oficiales y los partidos, a los que los obreros de vanguardia se habían acostumbrado a asociar con la idea de la emancipación, se transformaron en instrumentos del capitalismo. Este hecho, no sólo ha creado a la clase obrera dificultades organizativas increíbles sino que, también, se convirtió en la causa de una profunda catástrofe ideológica; la posibilidad de que se supere está en proporción inversa al rol jugado por la vieja organización en la vida de las capas de vanguardia del proletariado.

La clase obrera lucha heroicamente para lograr levantarse después de la caída, y sobreponerse a los efectos del golpe. De ahí, entonces, la afluencia sin precedentes hacia los sindicatos. Pero, al mismo tiempo, una clase obrera ideológicamente desarmada y políticamente confusa, se está forjando con dificultad una nueva orientación. Pero esta labor no será fácil; por el contrario, no podrá realizarse si los dirigentes revolucionarios mantienen una posición de transición durante largo tiempo, si no aparecen ante las masas con la independencia y resolución necesarias, sino que se mantienen sumergidos en el trasfondo general de las viejas organizaciones partidarias y sindicales.

Cualquiera sea la razón que explique la tendencia a preservar la unidad de la vieja organización, para las masas revolucionarias debe resultar incomprensible que aquéllos que las llaman a la revolución sigan sentándose a la misma mesa con individuos que las han engañado, especialmente con aquellos que tan descarada y vergonzosamente las traicionaron durante la guerra. La masa revolucionaria valora enormemente su propia unidad en la lucha, pero es dudoso que entienda fácilmente la unidad de los luchadores revolucionarios con la pandilla de Jouhaux-Merreheim y de Renaudel-Longuet.

Bajo las condiciones actuales, la consigna de preservar la unidad surge de la psicología de la organización oficial: dirigentes, presidentes, secretarios, parlamentarios, periodistas y, en general, funcionarios del aparato de la vieja democracia obrera sindical y parlamentaria, que sienten que se mueve el suelo bajo sus pies. Sin embargo, el proletariado hoy tiene la posibilidad de elegir, ya sea desintegrarse por completo, atomizándose y dejando el lugar a los privilegiados adherentes al imperialismo triunfante, o unir sus filas para lanzarse contra el capitalismo. La clase obrera necesita unirse en la lucha revolucionaria, en el levantamiento de clase. La unidad de organizaciones que apenas sobreviven se vuelve, cada vez más, un obstáculo en este camino. Las masas desequilibradas por la guerra necesitan hoy más que en cualquier otro momento del pasado, claridad en las ideas, precisión en las consignas, un camino recto y dirigentes que no oscilen. La táctica basada en preservar la unidad de las viejas organizaciones, crea una caricatura de parlamentarismo en las organizaciones obreras que están bajo la dirección tradicional; es como si hubiera “gabinetes ministeriales” con

una oposición, con normas fijadas estatutariamente, investigaciones oficiales, votos de confianza, etc., etc. Al establecer vínculos con los conciliacionistas a través de una organización unificada, la oposición comunista depende de la voluntad de la mayoría conciliacionista en todas las cuestiones fundamentales, y gasta su energía en adaptarse al “parlamentarismo” sindical y partidario. Los sucesos e incidentes minúsculos de una lucha interna en la organización, adquieren así una importancia desproporcionada a expensas de las cuestiones básicas del movimiento revolucionario de masas.

La caricatura de “parlamentarismo” en las organizaciones obreras produce consecuencias ulteriores. Secretarios, presidentes, ministros socialistas, periodistas y diputados acusan a la oposición de tratar de apoderarse de sus sillones y de sus carteras ministeriales. La oposición se defiende y frecuentemente termina firmando declaraciones de “estima” a los dirigentes del bando opuesto, subrayando concienzudamente que su lucha es contra “los principios” y no contra “las personas”. A su vez, esto hace que los conciliadores se afiancen en los puestos que ocupan.

La Vie Ouvrière del 24 de septiembre sostiene que el voto de confianza en el Congreso de los Obreros Metalúrgicos no tenía el objetivo de suscribir la política de la dirección conciliadora sino de expresar confianza y simpatía personal a los secretarios. En otras palabras, fue un voto de sentimentalismo pequeño-burgués y no de una valiente política de clase. El camarada Carron demuestra fehacientemente en su artículo que quienes votaron de esta forma, y sobre todo las masas que los siguieron, están completamente identificados con los partidarios de la Tercera Internacional. Si, a pesar de ello, votaron confianza en la dirección, se debe únicamente a que los falsos argumentos, dirigidos a probar que uno debe luchar contra las ideas y no contra las personalidades, los están confundiendo. En definitiva, con su voto de confianza a Merrheim han contribuido a mantener, en un puesto de responsabilidad, a un hombre que defiende el oportunismo, la conciliación y la obsecuencia al capitalismo.

En el Congreso de los Trabajadores de Correos y Telégrafos, la política conciliacionista de la dirección se aprobó por 197 votos contra 23, con 7 abstenciones. Un miembro de la dirección, el internacionalista Victor Roux, escribe que un gran número de los delegados simplemente sentía simpatía personal hacia el secretario del sindicato, el conciliador Borderes, cuyo valor moral, según se afirma, está más allá de toda discusión. “Personalmente, reconozco”, dice el autor, “que ha prestado grandes servicios a la organización, en tiempos difíciles...” Y así por el estilo. (*La Vie Ouvrière*, 15 de septiembre de 1919)

Jouhaux, Renaudel, Longuet, Merrheim y sus semejantes, al margen de los “servicios” que hayan prestado en el pasado, se comportan hoy como parte integrante del sistema burgués y constituyen, en realidad, su apoyo más importante.

El eje del conjunto de su actividad está en su interés de exagerar, ante el proletariado, todas y cada una de las concesiones de la burguesía, ya que, después de todo, éstas son el fruto de su diplomacia de clase. Aunque critican al capitalismo, lo embellecen, y su conclusión final, a pesar de todos los ejercicios oratorios, es la necesidad de adaptarse a él, es decir, someterse al dominio capitalista.

El crimen principal de la jerarquía del sindicalismo reinante, como lo ve correctamente Alfred Rosmer, radica en que los dirigentes sindicales “han reemplazado la acción directa de la clase obrera por la solicitud de favores al gobierno”. Sin embargo, no se puede cambiar esta táctica contrarrevolucionaria “solicitándolo” a los social-imperialistas del movimiento político y sindical. Mientras Jouhaux, Renaudel, Merrheim y Longuet están ocupados convenciendo a los capitalistas y a los diputados burgueses de que es necesario hacer concesiones a la clase obrera, los auténticos representantes del proletariado no pueden perder su tiempo convenciendo a Renaudel y

Longuet de la necesidad de la lucha revolucionaria. Para sacarse de encima a los capitalistas y a los diputados burgueses, la clase obrera debe echar a los Renaudel y a los Longuet de sus organizaciones.

Se debe conducir la lucha contra ellos no como si se tratara de una riña familiar o una discusión académica sino de manera adecuada a la gravedad de la cuestión, de modo que el abismo que nos separa de los social-imperialistas aparezca ante las masas en toda su profundidad.

Nuestra tarea consiste en utilizar hasta el fin las espantosas lecciones de la guerra imperialista. Tenemos que inculcar en la conciencia de las masas las experiencias del último período y hacerles comprender que les será imposible seguir viviendo por mucho tiempo en los marcos del capitalismo. Es necesario irritar al máximo el odio naciente de las masas hacia el capitalismo, hacia los capitalistas, hacia el estado capitalista y sus órganos, y también a todos aquellos que defienden al capitalismo, que tratan de ocultar sus llagas pestilentes, de restar importancia a sus crímenes.

Después de la fracasada demostración del 21 de junio, Monatte escribió:

“De aquí en adelante, las masas sabrán que no es posible vacilar ni engañarse con esperanzas falsas por más tiempo; y que es necesario depurar implacablemente el personal de los sindicatos.” (*La Vie Ouvrière*, 25 de junio de 1919)

En política, la lucha contra los principios falsos implica inevitablemente una lucha contra aquellos individuos que los personifican. Regenerar el movimiento obrero significa expulsar de sus filas a todos los que se han deshonrado con la traición y la perfidia, a todos los que han socavado la fe de las masas obreras en las consignas revolucionarias, vale decir, en su propia fuerza. En cuestiones de este tipo, la indulgencia, el sentimentalismo y la blandura se pagan sacrificando los intereses vitales del proletariado. Las masas que despiertan exigen que las cosas se digan en voz alta, que se las llame por su nombre, que no haya medios tonos indefinidos sino límites políticos claros y precisos, que los traidores sean boicoteados y despreciados, y que su lugar sea ocupado por revolucionarios entregados a la causa en cuerpo y alma.

La camarada Luisa Saumoneau² describe así la lucha por extender la influencia de las ideas de la Tercera Internacional, durante las elecciones recientes:

“La propaganda entre las masas, tanto dentro como fuera de las organizaciones, podemos realizarla más fácilmente en los grandes actos públicos durante las elecciones... La resistencia a la internacional revolucionaria tiene su apoyo principal entre los viejos cuadros que tan pobremente han pilotado la nave de nuestro partido en el período de la guerra. Nuestros jóvenes y ardientes camaradas, llenos de celo revolucionario, deben esforzarse en adquirir los hábitos prácticos y la experiencia indispensables para una organización que funcione bien. Este conocimiento se adquiere muy fácilmente, y sin embargo, bajo las condiciones actuales de lucha, sirve de cobertura para todo tipo de nulidades y para mantener la influencia fatal de algunas momias vivientes en nuestras organizaciones. Las fuerzas de la juventud deben alentar en todas partes a la clase revolucionaria que ha surgido para combatir por la causa de la Tercera Internacional; deben afirmarse en todas partes, y, aunque sea preciso echarlos, reemplazar a todos aquéllos que están marcados por cuatro años de renuncia al socialismo...”

Estas palabras muestran, con mucha claridad, una comprensión total de la necesidad de eliminar de la dirección a todos aquellos individuos que encarnan el

² La camarada Saumoneau está realizando una agitación incansable por las ideas de la Tercera Internacional; junto con el camarada Loriot, está a la cabeza de los comunistas del Partido Socialista de origen no sindical. Hay una vinculación estrecha entre los comunistas sindicalistas y los comunistas-socialistas. Loriot y Saumoneau colaboran en el semanario *La Vie Ouvrière*. L. T.

estancamiento y la muerte en el movimiento revolucionario, en la lucha contra las ideas reaccionarias.

Los “dirigentes” en bancarrota del socialismo y del sindicalismo, revolucionarios de palabra hasta ayer, hoy dóciles capituladores, echan la culpa de su propia traición, no a sí mismos, sino... al proletariado.

En el Congreso de Lyon, Bidégarry, secretario de la Federación de Ferroviarios, culpó a las masas obreras de todo lo sucedido. “Es cierto que los sindicatos han crecido numéricamente. Pero, entre los obreros organizados, hay muy pocos sindicalistas (es decir, revolucionarios conscientes). La gente sólo se preocupa por sus intereses inmediatos.”

“En cada ser humano”, dice Bidégarry con espíritu filosófico, “hay un pequeño cerdo dormido”.

De manera similar, Rouger, delegado de Limoges, culpa de todo al proletariado. El proletariado está en falta. “Las masas no están suficientemente esclarecidas. Se unen a los sindicatos con el único objeto de lograr un aumento de salarios.”

Merreheim, secretario del Sindicato de Obreros Metalúrgicos, alardea en la tribuna de los oradores sobre su “conciencia tranquila”. Fue a Zimmerwald como si se tratase de un banquete sindical. Por así decirlo, fue una especie de pequeño peregrinaje pacifista, realizado para absolver su propia conciencia. Merrheim luchó. Pero no pudo despertar a las masas. “No, no he sido yo quien traicionó a la clase obrera, sino la clase obrera quien me traicionó a mí”. ¡Estas son sus palabras textuales!

El sindicalista Dumoulin, un “honesto” regenerado del tipo de Merrheim, zimmerwaldiano cuando el estallido de la guerra, hoy digno compañero de ruta del secretario general Jouhaux, declaró en el Congreso de Tours del Sindicato de Maestros, que Francia no estaba preparada para la revolución, pues las masas aún no han “madurado”. No contento con esto, Dumoulin cayó sobre los maestros internacionalistas, culpándolos por el... atraso del proletariado; como si la educación de las masas trabajadoras tuviera su origen en la miserable escuela burguesa para niños proletarios y no en la poderosa escuela de la vida, bajo la influencia de los patrones, el gobierno, la iglesia, la prensa burguesa, los parlamentarios y los “pobres pastores” del sindicalismo.

Los renegados, los cobardes y los escépticos que han llegado a la completa degradación siguen repitiendo sin cesar la frase: “Las masas no han madurado”. ¿Qué conclusión se saca de esto? Sólo una: la renuncia al socialismo, no temporaria sino total. Porque si las masas, que han pasado por la larga escuela preparatoria de la lucha política y sindical y por los cuatro años de carnicería, no han madurado para la revolución, ¿cuándo y cómo madurarán entonces? ¿Quizás Merrheim y los otros piensan que el victorioso Clemenceau ha de crear, entre murallas del estado capitalista, una red de academias para la educación socialista de las masas? Si el capitalismo reproduce las cadenas de la esclavitud asalariada de una generación a la siguiente, entonces el proletariado, en sus capas más profundas, arrastra la oscuridad y la ignorancia de generación en generación. Si las masas proletarias pudieran alcanzar un desarrollo mental y espiritual elevado bajo el capitalismo, entonces éste no sería tan malo y no habría necesidad de una revolución social. El proletariado necesita una revolución precisamente porque el capitalismo lo mantiene en cautiverio mental y espiritual. Bajo la dirección de las capas más adelantadas, las masas inmaduras han de alcanzar la madurez durante la revolución. Sin la revolución, caerán postradas y la sociedad, en su conjunto, decaerá.

Millones de nuevos obreros están inundando los sindicatos. En Inglaterra, han duplicado el número de sus miembros, que en la actualidad alcanza a 5.200.000. En

Francia, el número de sindicatos ha crecido de 400.000 en vísperas de la guerra, a 2.000.000. ¿Qué cambios introduce en la política del sindicalismo este crecimiento numérico de los obreros organizados?

“Los obreros únicamente se incorporan a los sindicatos con el objetivo de lograr ventajas materiales”, replican los conciliadores. Esta teoría es falsa del comienzo al fin. El gran ingreso de obreros a los sindicatos no es provocado por minúsculas cuestiones cotidianas, sino por el hecho colosal de la Guerra Mundial. El gran cataclismo histórico alertó y alarmó a las masas obreras, no sólo a sus capas superiores sino de conjunto. Cada individuo proletario ha sentido su desamparo ante la poderosa maquinaria imperialista hasta un punto nunca igualado. La urgencia de establecer vínculos, unificar y consolidar fuerzas, se ha manifestado con un poder sin precedentes. De aquí surge la oleada de millones de obreros hacia los sindicatos o hacia los soviets de diputados, es decir, hacia aquellas organizaciones que no exigen una preparación política pero representan la expresión más general y directa de la lucha de clases proletaria.

Perdida la fe en las masas proletarias, los reformistas de la laya de Merrheim-Longuet deben buscar puntos de apoyo entre los representantes “esclarecidos” y “humanitarios” de la burguesía. Y, de hecho, la insignificancia política de esta gente se demuestra en su actitud de éxtasis reverencial ante “el gran demócrata” Woodrow Wilson. Ellos, que se consideran los representantes de la clase obrera, se creen, en serio, que el capitalismo norteamericano puede poner a la cabeza de su estado a un hombre con quien la clase obrera europea pueda marchar de la mano. Aparentemente, estos caballeros nada han oído sobre las razones reales de Estados Unidos para intervenir en la guerra, ni sobre las maquinaciones desmedidas de Wall Street, ni sobre el rol de Wilson, a quien los súper-capitalistas de los Estados Unidos han encargado levantar las consignas del pacifismo filisteo para ocultar sus extorsiones sangrientas. ¿O quizás presumieron que Wilson podría contradecir a los capitalistas y realizar su programa en vida contra la voluntad de los multimillonarios? ¿O contaban quizás con que Wilson, con sus sermones de cura, obligaría a Clemenceau y a Lloyd George a ocuparse de liberar a los pueblos pequeños y débiles y a establecer la paz universal?

No hace mucho tiempo, es decir, luego de la aleccionadora escuela de las negociaciones de “paz” de Versalles, Merrheim lanzó un ataque en la Conferencia de Lyon contra el sindicalista Lepetit, que se había permitido (¡horror de horrores!) referirse a Mr. Wilson en forma irrespetuosa. “Nadie tiene derecho”, proclamó Merreheim, “a insultar a Wilson en una convención sindicalista”. ¿Cuál es el precio de la tranquilidad de conciencia de Merrheim? Si su envilecimiento no lo pagan los dólares norteamericanos (y admitimos sin problemas que no es así) de cualquier modo es el mismo envilecimiento básico de un lacayo que se humilla ante el “demócrata” hecho poderoso por la gracia del dólar. Verdaderamente, hay que haber llegado hasta el último grado de degradación espiritual para ser capaz de impulsar las esperanzas de la clase obrera en los “hombres honestos” de la burguesía. “Dirigentes” capaces de semejante política nada tienen en común con el proletariado revolucionario. Se los debe echar sin misericordia. “Gente que ha hecho todo esto”, dijo Monatte en la Conferencia de Lyon de los sindicalistas, “son indignos de continuar siendo los intérpretes de las ideas del movimiento obrero francés”.

Las elecciones parlamentarias francesas constituirán una clara línea divisoria en el desarrollo político de Francia. Estas elecciones significan que los agrupamientos políticos intermedios han sido eliminados. A través del parlamento, la burguesía entregó el poder a la oligarquía financiera, y ésta ha confiado a los generales la tarea de conquistarle el país; completado su sangriento trabajo, los generales, en combinación con los corredores de bolsa, utilizan el aparato parlamentario para movilizar a todos los

explotadores y vampiros, a todos aquéllos que arden de codicia y suspiran por el botín, a todos los que se aterrorizaron por el despertar revolucionario de las masas.

El parlamento se ha convertido en el estado mayor general político de la contrarrevolución. La revolución ganó las calles y está tratando de crear su propio estado mayor general extraparlamentario.

La eliminación de los grupos intermedios (los radicales y los radical-socialistas) de la política nacional, lleva inevitablemente al mismo fenómeno en el movimiento obrero. Longuet y Merrheim conservan sus esperanzas en las fuerzas reformistas “esclarecidas” de la sociedad burguesa, cuya bancarrota los condena a muerte, ya que la desaparición de un objeto implica la desaparición de su sombra.

Los infinitos matices, desde Renaudel hasta Lorient, desde Jouhaux hasta Monatte, desaparecerán en poco tiempo. Permanecerán dos agrupamientos fundamentales: Clemenceau y sus seguidores, por un lado; los comunistas revolucionarios por el otro.

Ni siquiera se puede hablar de mantener por más tiempo la unidad aunque sea formal en el partido y en las organizaciones sindicales.

La revolución proletaria debe crear y creará su propio estado mayor central a partir de los socialistas y sindicalistas, reunidos en la tendencia comunista revolucionaria.

Descorazonado y abandonado en el medio del mar por las revoluciones rusa y alemana, Kautsky puso todas sus esperanzas en Francia e Inglaterra, a los que el humanitarismo, ataviado con las vestiduras de la democracia, estaba destinado a conquistar.

En realidad, vemos que en estos países, en las cumbres de la sociedad burguesa, el poder es conquistado por la reacción más monstruosa, reacción que danza entre vahos de chovinismo, mostrando los colmillos y los ojos inyectados en sangre. Y para enfrentarla, el proletariado se está levantando, listo para tomar la más cruel de las venganzas por todas sus derrotas, degradaciones y torturas pasadas. En este combate no habrá cuartel. Será a muerte. La victoria estará del lado de la clase obrera. La dictadura proletaria ha de barrer el montón de basura de la democracia burguesa y ha de preparar el camino para la sociedad comunista.

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org
Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es